

Nadie las enseñó a ser grandes.
Tuvieron que aprender por su cuenta.

ANDREA MENÉNDEZ FAYA

13



Andrea Menéndez Faya

13

Nadie las enseñó a ser grandes.
Tuvieron que aprender por su cuenta.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Andrea Menéndez Faya, 2021

© del prólogo, Ainhoa Tirapu, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2021

Depósito legal: B. 11.365-2021

ISBN: 978-84-08-24617-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

LA CARTA

Nadie nos enseñó a ser grandes, tuvimos que aprender por nuestra cuenta. Cuando era una cría, con seis o siete años, me colaba en la Ciudad Deportiva por las tardes mientras mi madre trabajaba en el bar que hay a unos metros de la puerta de acceso. Nos comunicaba un camino empedrado, rodeado de cipreses que, por su altura, debían tener más de cien años. Era la parte más antigua de una ciudad que se dormía pronto y cada vez tenía menos cosas que ofrecer a sus habitantes. Una ciudad que se resistía a morir y pretendía vivir de un turismo que ya no la encontraba tan atractiva. Teníamos el mar a casi dos horas, la capital a otras tres, y lo poco que nos regalaba eran las victorias de un equipo de fútbol que intentaba regresar a Primera División, pero cada vez se acercaba más a Segunda B.

El Estadio Municipal estaba al lado de un río que bajaba seco la mitad del año. El paseo que lo rodeaba se llenaba de *runners* en cuanto hacía un poquito de sol, y yo, como no tenía dinero para las entradas ni con quién ir, me sentaba sola en uno de los bancos que aquellos hombres y mujeres envueltos en colores fosforito y tiras reflectantes utilizaban para estirar los músculos, con el rugido de las gradas de fondo, imaginándome lo que pasaba dentro de aquel coloso de hormigón dos domingos al mes. Los goles a favor eran un estallido de gritos; los goles en contra, de silbidos. Y horas después del pitido final

solo se oía el graznido de los patos pidiendo migas de pan a los señores mayores que aún vagaban por el paseo con un periódico manoseado bajo el brazo, mascullando improperios, casi siempre cabizbajos. Me imaginaba sus pensamientos porque escuchaba a los clientes del bar hablar de la grandeza de décadas pasadas, de los goles de Manolín, de las carreras por la banda derecha de Luis Herrero, de las tardes de gloria y bocadillo al sol en la grada este del estadio gris y azul que campaba al lado de un río con sus mismos colores. Aquella nostalgia por un fútbol que no conocí me invadía igual que a ellos. Recogía mis cosas del banco y me volvía a casa con la misma extraña tristeza si el equipo perdía, con una inexplicable alegría si ganaba.

Con el tiempo, la curiosidad por aquel mundo de ensueño creció y quise sentir aquella gloria en la yema de los dedos. Colarse en la Ciudad Deportiva no era difícil. Aprovechaba el ir y venir de los críos de fútbol base, las voces de las madres que los recogían y cargaban sus mochilas en el maletero del coche. Nadie se fijaba en la niña pequeña que deambulaba por el aparcamiento y se acercaba poco a poco al campo de entrenamiento. Seguramente pensaban que era la hija despistada de alguien, la hermana que esperaba a que el futuro *crack* terminara con su rutina deportiva.

Me escondía detrás del cajetín de los aspersores, sentada en un balón. Metía la nariz entre las redes de protección y allí estaban ellos: aquellos hombres enormes, con barbas descuidadas y piernas larguísimas. Sus voces, sus gritos, sus risas. Cuando llovía, salpicaban de barro su equipación y yo me imaginaba a sus madres enfurecidas encendiendo la lavadora, con el mismo ceño fruncido que ponía la mía cuando volvía del parque hecha unos zorros. Creo que me pasó un poco lo mismo que a Nick Hornby, un escritor británico al que leí hace años en una revista de fútbol olvidada en una estantería de la biblioteca del instituto que se pegó a mi mano como todas las que llevaban

una fotografía de un balón en portada: «Me enamoré del fútbol igual que más tarde me enamoré de las mujeres: de repente, inexplicablemente, sin crítica, sin pensar en el dolor o los trastornos que traería consigo».

A la hora en la que yo me colaba en la Ciudad Deportiva, el resto de las niñas estaban en sus casas, merendando delante del televisor, viendo dibujos animados. Yo estaba donde quería estar. Donde me hubiera pasado todas las tardes si pudiera, si no se hiciera de noche tan pronto en invierno y me cayeran aquellas broncas de mi madre porque nunca sabía dónde estaba ni qué me había pasado. Se me hacían las tantas viendo el balón pasar de un lado al otro del campo, siguiendo con la mirada los movimientos y las jugadas.

A ellos sí les enseñaron a ser grandes. Sus primeras botas fueron de marca, sus padres iban a verlos jugar en un pabellón con eco, y las voces retumbaban celebrando los goles y aplaudiendo los pases. Les enseñaron que podían ser estrellas. Cuando llegó el momento de jugar en un campo de hierba artificial, con porterías gigantes y líneas blancas, amarillas y azules, su entrenador les recordaba que el objetivo era llegar lo más alto posible. Que estaban llamados a ser campeones de Liga, de Copa, Champions, Mundial, Eurocopa. Les enseñaron a competir, a dejarse la piel por tres puntos, y a que no se les olvidara que algún día serían ellos los que saldrían en la tele, los que abrirían informativos con un golazo desde el medio del campo y ocuparían las portadas de los periódicos de tirada nacional. Ganar, triunfar, debutar con el primer equipo, ser profesional, ser una estrella, nominado al Balón de Oro, millones, coches caros, autógrafos y fotos en los hoteles de concentración. Cumplían años y cambiaban de categoría: alevín, infantil, cadete, juvenil..., y su madre ya no era quien les lavaba la ropa. Lo hacía un empleado del club, ese hombre mayor que trabajaba para ellos, que siempre estaba por allí y que empecé a ver con

distintos ojos cuando me fui haciendo también un poco más mayor. Cada tarde me pedía el balón en el que me sentaba para guardarlo como si se lo fuera a robar. Me enfadaba muchísimo, pero era su trabajo, aunque yo no lo entendía: yo solo podía verlos a ellos. Y entre ellos, a Iván.

Iván llegaba siempre el primero y se iba el último, como si aquello en realidad no fuera mucho con él. Saltaba al campo, tiraba los guantes al lado de un poste de la portería, daba un par de vueltas corriendo y los recogía. Entonces empezaba un ritual que memoricé como una letanía: abría las piernas y se inclinaba con tres toques en el suelo: adelante, al medio, atrás. Adelante, al medio, atrás. Cinco veces. Se incorporaba y giraba la cadera, con una mano cogía el empuje de un pie, apoyado en el poste durante unos segundos, luego del otro, y volvía a correr hasta la banda, se daba la vuelta y empezaba el baile: mecía los brazos hacia los lados al ritmo de sus zancadas, arriba y abajo, en círculos para adelante, en círculos para atrás... Me hipnotizaba, notaba el tejido de la red clavarse en mi frente mientras le miraba embobada, y recuerdo perfectamente la primera vez que se fijó en mí y sonrió saludándome con aquellos guantes enormes. Me puse tan colorada que me quería morir. Pero a partir de ese día, cada vez que salía al campo, cuando daba la primera de esas vueltas corriendo, Iván me decía «Hola, peque», y yo ya era un poquito más feliz.

Para mí, Iván era el hombre más fuerte del mundo: sacaba el balón del campo de un puñetazo. Saltaba más alto y más rápido que el resto. Cuando su voz ronca daba una orden, sus compañeros obedecían sin contemplaciones. Decía «Mía» y todos se apartaban. Gritaba «Solo» y el defensa se giraba para darle la pelota. Cuando metían un gol, aplaudía y les decía que había sido perfecto, que lo habían hecho todos bien. Esperaba tranquilo, con las manos en las caderas a que llegara su momento, y cuando tenía que intervenir era también el más va-

liente: salía sin titubear a por el balón, se lanzaba como un león y lo atrapaba. Si le metían gol, se quedaba un par de segundos en el suelo con el ceño fruncido, en silencio; se levantaba y volvía a animar a sus compañeros. Y yo quería gritarle, decirle que no pasaba nada, que seguía siendo el mejor, el más fuerte, el más rápido, el más valiente, pero solo era una cría de siete años escondida detrás del cajetín del aspersor que decidió que quería ser como él. Mis ojos le veían como a un superhéroe imposible de alcanzar y cada tarde que pasaba allí quería más y más convertirme en esa chica que está de pie entre los tres palos, la que evita que el balón pase la línea, la que llega la primera y se va la última de cada entrenamiento y a la que todos sus compañeros obedecen. Todo lo que quería ser de mayor era tan impresionante como Iván. Y un día, al terminar el entrenamiento, me armé de valor y se lo dije:

—Yo quiero ser portera, como tú.

Se quitó los guantes, me acarició el pelo y me dijo:

—Entonces vas a necesitar esto.

Aún los tengo expuestos en el hueco más alto de la estantería de mi habitación, y han pasado más de diez años. Recuerdo que no me los quería quitar nunca. Conseguía esconderlos en la mochila para poder llevarlos al colegio, jugaba con ellos en el parque, hasta quería comer con ellos sabiendo que era imposible atrapar el tenedor. Sus manos eran muchísimo más grandes que las mías, y me daba igual. Apenas podía encajar mis dedos en los huecos, y me daba igual. Aquel hombre lleno de barro que sin duda era el hombre más fuerte del mundo me había pasado el testigo, me había hecho dueña de su legado, y eso era una responsabilidad ineludible para una cría que tenía muy claro que iba a cumplir su misión costara lo que costara. Pero nadie me preparó para que aquella misión pudiera cumplirse, nadie me preparó para que me convirtiera en el Iván de alguien.

El martes pasado, al llegar al vestuario, me estaba esperando la jefa de prensa del club: una madre les había escrito una carta pidiendo mi contacto.

Estimados señores:

Les escribo la presente para solicitarles un favor personal, como madre y como mujer.

Mi hija, de apenas once años, es portera del C. D. San Eutiquio de la liga escolar local. La referencia de mi niña en el mundo del fútbol es la portera de su equipo femenino, Raquel Sanz. Sigue todos sus partidos, tiene la camiseta del equipo con su nombre y la habitación llena de fotos suyas. Sé que estarán hartos de este tipo de peticiones y que será muy difícil que lo tengan en cuenta, pero me gustaría saber si es posible contactar por algún medio con ella para contarle la situación de mi hija en estos momentos:

Desde el cambio de curso hemos venido notando un rendimiento académico menor al que nos tiene acostumbrados, y, tras hablar con ella, nos ha confesado que está sufriendo ciertos episodios de acoso por parte de compañeros. ¿El motivo? Jugar al fútbol. Sí, a estas alturas.

Entendemos que les ponemos, tanto a ustedes como a Raquel, en un compromiso. Pero sabiendo lo importante que es para ella, si su figura de referencia, la deportista en la que se fija y toma como ejemplo, le mostrara apoyo ante estos duros acontecimientos, significaría un impulso para dejar atrás esta mala etapa de su vida.

Lo hago por mi hija, como madre. Pero también como mujer, porque es triste que aún haya niñas que tengan que sufrir por practicar su deporte favorito.

Espero que lo entiendan.

MARÍA, madre de Paula

Mis compañeras fueron paseando el papel por todo el vestuario con ilusión, boquiabiertas y sonrientes, mientras yo disimulaba sacando las cosas de la mochila. Busqué con la mirada a Amaya desde mi esquina y pude leer en sus labios: «Tía, qué fuerte». Quería que la tierra me tragara, pero a la vez quería que todo el mundo supiera que en las paredes de una habitación de esta ciudad había fotos más que una niña había puesto con todo su cariño porque quería ser como yo. Yo, con mis dos trenzas rubias tan bien prendidas, mi metro setenta y cinco justito y mi cara de enfadada, inmortalizada en una pared. Quizá en alguna de esas fotos en las que me cazan en el aire los fotógrafos del club y parezco mucho más ágil de lo que soy. Tal vez alguna de las que subo a Instagram riéndome con Amaya antes o después de los partidos y entrenamientos, medio despeinada. Espero que ninguna de esas fotos oficiales tan horrorosas en las que salgo con papada y una frente de dos palmos y que suelen salir en la prensa para vergüenza mía y jolgorio de mi madre, que las enmarca y pone en el bar hasta que llego y las quito con un «Mamápordios». En un rincón de este mundo hay alguien, una niña pequeña, que me ve como yo veía a Iván, y nadie me había preparado para ello.

Rafa cerró la puerta del vestuario, nos quedamos todas en silencio, y soporté las miradas del resto mientras sacaba su pequeña pizarra blanca. Anotó los grupos encargados de sacar el material de la semana y las tareas asignadas a las capitanas. El próximo partido sería determinante, una semifinal para una Copa que no habíamos jugado jamás y a la que los dirigentes del club habían echado el ojo este año. Rafa no es mucho de hablar con nosotras. Siempre con el ceño fruncido, marcando las distancias y limitando sus palabras al fútbol. A la táctica, estrategia, análisis del rival... En su cabeza hay datos de cada

partido jugado y también de cada equipo al que nos hemos enfrentado. Le gusta llevarlo todo controlado y en los 90 minutos no suele gritarnos ni dar órdenes. Eso sí, aquí dentro la historia cambia. No permite ni un murmullo, exige un nivel alto de entrega, no le gustan las tonterías ni los malos rollos, pone a nuestra disposición todos los medios del club para lo que necesitemos y, como último recurso, podemos dirigirnos a él si hay algún problema personal. Es el entrenador más distante que he tenido nunca, pero también el más capacitado. Cuando llegué aquí me dejó muy claro lo que quería de mí: «Todos los entrenadores buscan una delantera para que marque veinte goles por temporada. Yo necesito una portera para que no me los metan. Si crees que puedes hacerlo, este es tu sitio. El día que creas que no puedes, dímelo para buscar otra». Y me hizo una pregunta que se convirtió en nuestro pacto particular:

—¿Qué tienes tú que te haga mejor que el resto?

—Trabajo. No sé si voy a ser mejor que las otras porteras, pero voy a trabajar el doble.

Cuando le vi esconder la sonrisa, supe que íbamos a encajar. Lo haríamos de esa forma extraña que no se demuestra con palabras y mucho menos con afecto: basaríamos nuestra relación en el respeto y la comprensión. Yo respetaría cada decisión que tomara Rafa como entrenador, aunque fuera la de dejarme en casa jugándonos el pase a semifinales de Copa, y él comprendería cada fallo que tuviera, aunque fuera una expulsión estúpida jugando contra el segundo clasificado de Liga. No nos hacían falta palabras, teníamos un compromiso tácito de trabajo duro. Y él sabía que yo iba a ponerlo todo para no fallar. No había ni cerrado la puerta al salir del vestuario cuando sentí el aliento de Amaya en mi nuca mientras me ataba las botas apoyada en el banco:

—¡Tía! ¡Es superfuerte! —Para Amaya todo era superalgo.

Y claro que esto era superfuerte, pero yo no me quería venir arriba tan pronto.

—No sé..., ¿no te suena muy raro?

—Claro que me suena raro, pero es buenísimo. Es una niña pequeña que lo está pasando mal y a su madre lo que se le ocurre es llamarte a ti. ¡A ti, tía!

Concentración. La palabra que me repito una y otra vez antes de salir del vestuario. Recojo los guantes, me subo las medias y empiezo a caminar por la rampa de acceso sin mirar a Amaya, que sigue dando saltitos detrás de mí. Se le junta —cómo no— Nerea. Se saben la carta de memoria. «Por jugar al fútbol, tía, es que qué vergüenza que estemos así todavía. No, pues hay que hacer algo. Claro, si es que la va a llamar, porque la vas a llamar, ¿verdad? Raquel, ¿la vas a llamar?» Concentración. Me coloco el guante izquierdo, siempre primero el izquierdo, salto la valla para entrar al campo y así no hacerlo por el acceso por el que irán las demás, me pongo el guante derecho y comienzo a correr. Sola. Quiero correr sola porque no quiero escuchar más comentarios detrás de mí. «Qué fuerte, tía, la Raquel, que se nos hace famosa.» Nadie nos preparó para esto.